

Ávalos, el maestro

Por Enrique Atiénzar Rivero
Foto: Otilio Rivero Delgado

No calentó la cama. Alrededor de las 6:00 p.m. llegó a la casa, donde alegres lo aguardaban vecinos y compañeros de trabajo. Al amanecer del miércoles de nuevo enfiló hacia su ambiente laboral: el taller ferroviario 60 Aniversario, de Florida, exhibiendo en su pecho la Medalla Honorífica de Héroe del Trabajo de la República de Cuba.

La más joven generación de ferroviarios floridanos califica de maestro a Salvador Ávalos Armenteros, un moreno espigado, de 74 años de edad y excelente conversador, por la sapiencia acumulada como pailero, una especialidad que, como él mismo dice, se la debe a la Revolución que le abrió nuevas posibilidades en su fatigosa vida de niño.

No esconde la pobreza de su infancia, el parasitismo que padeció, la fórmula a la cual apeló, con apenas 14 años, para buscar el sustento suyo y de la familia en faenas agrícolas, en la tomatera de José Copa, ingeniero agrónomo y dueño de una finca.

Las andanzas también con un amigo, al que nombraba Paco, a quien ayudaba a carretillar para vender mamoncillos y buscarse unos centavos. Con una sonrisa pícara habla de la alegría por la cena de fin de año.

La abuela, Natividad Armenteros, era una excelente cocinera. Para diciembre siempre el alcalde de Florida le encargaba a ella preparar la comida y cuando todo estaba listo, la noble mujer dejaba ese ambiente aristocrático e iba para el hogar a hacer partícipe del manjar a sus negritos.

Fue limpiabotas, cargó maletas, vendió billetes de la lotería, hizo maravillas hasta que triunfó la Revolución y en la propia zona de la Tomatera realizó labores de albañilería en un plan de construcción de viviendas campesinas hasta que logró incorporarse en el central Argentina en una plaza como ayudante.

Lo mandaron para el taller de locomotoras y Eleades, el jefe de personal, le pidió que si se mantenía firme en esa labor, (allí los ayudantes no duraban por el rigor del trabajo) al terminarse la repa-

ración de la máquina de vapor vendría a preguntarle qué quería ser.

"Me fue gustando tanto la pailería que me enamoré de ella. Aprendí la pailería de locomotora de vapor, estuve como siete meses ayudando en la zona de Morón y volví para acá, porque Florida me atrapa como el imán al hierro. Al taller 60 Aniversario llegué el primero de febrero de 1977.

"El secreto de un buen pailero es que le guste, el primer arte que debe tener antes de trazar, cortar, mecanizar, conformar placas, perfiles y tubos para construcciones mecánicas, es saber bien las medidas del trabajo a realizar".

Hago una pausa en la entrevista para recordar el momento en que recibió la alta condecoración que ahora le agranda sus orgullos.

"Ese es un momento que si usted no está fuerte de corazón, le falla; es una emoción muy grande, pero tal vez trabajar tantos años en el hierro, este (y se toca el lado izquierdo del pecho) está bien y resistió.

"Cuando Raúl me está imponiendo la medalla me dice: 'Ca-



magüeyano ¿de qué lugar eres?'. Yo soy nacido y criado en Florida. 'Yo en Florida tuve una tía que vivió muchos años y tuvo dos hijos. ¿Y Florida, cómo es?' me pregunta. Y le contesté: allá estamos esperando la visita suya".

Trajo otras muchas vivencias y emociones, de conocer la modestia del médico que atendió a Chávez y a Fidel, como hablar con Omara Portuondo, que cree que se confundió con él, pues al pasar cerca de ella, esta le dijo: "Oye, no me vas a saludar". La abrazó y le dio un beso y la excelente cantan-

te le pidió: "Uno no, tócame con otro" y Ávalos no pudo contener una amplia sonrisa.

Para él recibir la medalla constituye un reto y un compromiso de seguir, según sus palabras: "Con el machete en las manos".

De Ávalos queda mucho por contar, también como innovador y del aprecio que hacia su persona tienen, desde Baró, el director de la Unidad Empresarial de Base; Farruco, el tornero, Ángel Eugellés, miembro del Buró Sindical, en fin, todos los trabajadores de ese aguerrido colectivo.

Unidos, en marcha con Fidel

Ignacio Agramonte, El Mayor nuestro, dirigía desde su altura a la tropa mambisa. Las banderas, los vítores, las almas en convite lo probaron: era el mejor de los días del año. Como siempre, ni pequeños ni abuelos quedaron en casa.

La Plaza, como las de los otros doce municipios, se convirtió en fiesta proletaria. Más de 215 000 trabajadores desfilaron en Camagüey durante tres horas para reafirmar que la unidad es su mayor fortaleza.

El movimiento obrero en el territorio arribó al festejo con importantes entregas: el aporte en casi una treintena de obras de impacto socioeconómico, el otorgamiento a varios colectivos de la distinción Por las sendas del triunfo, y el impulso a programas de desarrollo azucarero y agropecuario.

María del Carmen Concepción González, ministra de la Industria Alimentaria y la Pesca, quien desfiló con los camagüeyanos, aseguró: "La marcha ha sido una forma de patentizar el concepto de Revolución que nos comprometimos a cumplir, pues no se trata solo de desfilar sino de trabajar para lograr resultados en los diferentes sectores, la mejor forma de honrar la obra de Fidel. La juventud se sintió, se vio, la unidad de ellos con las generaciones mayores en la Plaza probó el por qué esta es y seguirá siendo la tierra de Agramonte".

Nadie dudó que Fidel estuviera entre nosotros. Hace apenas cinco meses lo vimos llegar en una noche entristecida, y le rendimos merecida vigilia con el pecho apretado. El pueblo que lo lloró fue el lunes a ratificarle la voluntad de no desviar el camino que él emprendió, recordando la idea suya del Día Internacional de los Trabajadores de 1960, de que era también día de los campesinos, de los que crean bienes y servicios, de quienes defienden la Patria.

A la convocatoria histórica de todas las épocas se sumó la estancia permanente de Fidel en la Plaza, en cada pecho de los agramontinos; y la alegre sonrisa del inolvidable Coman-



Foto: Leonardo Mejías Proenza (Colaborador)

dante Camilo, quien hace 58 primeros de mayo, compartió la primera fecha proletaria libre por las calles adoquinadas del Camagüey hasta el Casino Campestre, donde afirmó: "Tenemos que emplear todo el tiempo en unirnos, en apoyar la Revolución...".

Y aquellas palabras certeras realzan su vigencia en la cita actual con Fidel, por la unidad de todos los cubanos, porque si él dijo que en el pueblo había muchos Camilos, este pueblo de Fideles, Camilos, Agramontes... materializó en monolítico desfile el Primero de Mayo la frase respuesta del Señor de la Vanguardia: ¡Vas bien, Fidel! que parafraseara en aquella primera cita obrera-popular: "Hermanos camagüeyanos ¡van muy bien!", aunque a la distancia de casi seis décadas sepamos que seguimos empeñados con sus elogios, convencidos de que sí se puede y podemos hacer todo mejor.

Con una caballería que rememora la comandada por Agramonte, cerró el desfile. Sonaba *Cabalgando con Fidel*, una canción que ya es un himno. "Yo no sé andar bien sin ti", cantan muchos, entre lágrimas. Y en efecto, la clase obrera cubana no anda sola, con ellos, como siempre, marcha Fidel.

• Redacción Adelante



Foto: Otilio Rivero Delgado



Foto: Orlando Durán Hernández